

Por las características de su obra, en la que nunca dejamos de reconocer lo representado, el madrileño Juan Escauriaza se integra en la corriente del realismo pictórico contemporáneo.

En sus escenarios urbanos, a diferencia de lo que sucede en las obras de los realistas urbanos de principios de siglo o de los años treinta, el hombre tiene una presencia anecdótica, y cuando aparece es tratado como un elemento más del paisaje, por lo que podríamos catalogar a Escauriaza como pintor de arquitecturas ausentes.

El mundo que pinta es un mundo sin aire ni movimiento que invita al espectador a sumergirse dentro del silencio, en un espacio real y metafísico a la vez. Escauriaza consigue este efecto por medio de una esmerada composición geométrica del lienzo, un sofisticado juego de luces –intencionadamente artificiales- y una minuciosidad representativa en los detalles, consiguiendo plasmar un estado emocional momentáneo e íntimo de la ciudad.

California inspira su última serie de cuadros definidos por un deslumbramiento por la luz y la nitidez del aire de la costa oeste americana. Sin duda se trata de la visión de un viajero europeo cautivado ante la imaginería típicamente americana – fachadas, escaparates, comercios, señales de tráfico y letreros comerciales luminosos en los que, al igual que hacía Edward Hopper, lanza mensajes sobre su visión de la sociedad americana y sus hábitos. Suele decirse que para los europeos Hopper –y en estos cuadros Escauriaza parece seguir su estela- representa lo que ellos ven cuando viajan por Estados Unidos, mientras que los norteamericanos ven en él algo ligado a su día a día y a sus recuerdos de la infancia. Dentro de los elementos urbanos que componen su principal repertorio temático merecen singular atención los postes y el cableado de los tendidos eléctricos y telefónicos, por los que Escauriaza parece sentir especial predilección, así como por las ventanas, que aunque estén semiabiertas no dejan atisbar el interior, y sólo el hecho de que haya ropa tendida evidencia que están habitadas. Simbólicamente, la ventana, según Cirlot, expresa "la idea de penetración, de posibilidad y de lontananza: por su forma cuadrangular, su sentido se hace terrestre y racional", y en estas escenas actúan reforzando el aura enigmática que desprenden las composiciones.

La amplitud de estas vistas urbanas, para cuya realización emplea formatos y tamaños diferentes –destacando el icónico y monumental Union Street-, unida al punto de vista elegido, generalmente la

línea de horizonte baja y media, nos involucra en estas escenas trasladándonos a pequeñas historias de personajes anónimos y desiertas avenidas californianas, esas que tantas veces han servido de inspiración para escritores como John Steinbeck, cineastas como Polanski e incluso para otros artistas americanos como Hopper o Wyeth.

Las sombras juegan un papel compositivo similar al de los espacios tangibles, y esto, unido a la ausencia humana, produce, como decíamos, un cierto efecto de irrealidad, de escenario situado al margen del tiempo. El elemento unificador más importante es la luz, la radiante luminosidad californiana que baña toda la superficie del cuadro, incluso en las pinturas en las que existen contrastes entre zonas luminosas y oscuras.

Escauriaza apuesta por áreas de color planas que aprovechan la utilización de elementos arquitectónicos para introducir en sus escenas fuertes líneas verticales, horizontales y diagonales. Los colores son armónicos y preferentemente claros, tanto cuando predominan los tonos cálidos, los más frecuentes en sus cuadros, como cuando lo hacen los fríos. Un cielo restallante de luminosidad desarrolla un papel protagónico en todas las composiciones. De un límpido azul oceánico aunque con sutiles matices y gradaciones tonales, los cielos que pinta Escauriaza constituyen una de sus señas más identificativas.

Volviendo al esquema compositivo, vemos que en muchas de sus pinturas los elementos están descentrados y cortados por los bordes del cuadro, con un encuadre fotográfico, que vuelve a recordarnos al hecho por algunos de los pintores impresionistas quienes incluso -como hiciera Edgar Degas- se sirvieron de fotografías reales para preparar sus composiciones.

No es difícil al ver estas escenas sentirse como uno de los personajes anónimos de John Dos Passos que deambulan por calles solitarias ajenos a todo, ensimismados en una turbulenta vida interior.

Decía Saul Bellow que California era una especie de limbo artificial que nada tenía que ver con el resto del país, y Escauriaza capta la singularidad de la costa oeste americana en cuadros como Venice, retrato de esta ecléctica avenida, emblema de la contracultura californiana, o Chestnut, un inconfundible paseo comercial con sus letreros luminosos, cumpliendo, en cuadros como Sunset, lo que anhelaba Hopper: "tal vez no sea una inquietud muy humana, pero lo único que deseaba era pintar la luz del sol sobre la fachada de una casa".

Vanessa García-Osuna.